

CHESTERTON ORTODOXIA

[Nueva traducción anotada de JUAN LUIS LORDA]

G. K. CHESTERTON

ORTODOXIA

Traducción, prólogo y notas por JUAN LUIS LORDA

EDICIONES RIALP
MADRID

© 2022 de la edición realizada por JUAN LUIS LORDA *by* EDICIONES RIALP, S.A.
Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Preimpresión y realización eBook: produccioneditorial.com
ISBN (versión impresa): 978-84-321-6257-2
ISBN (versión digital): 978-84-321-6258-9

A los profesores
y colegas de la Universidad de Navarra,
José Morales y Víctor García Ruiz,
con agradecimiento y admiración por su labor como
traductores de John Henry Newman
y por otros muchos motivos y méritos.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO SOBRE CHESTERTON Y *ORTODOXIA*

PREFACIO

1. INTRODUCCIÓN PARA EXCUSAR LO QUE SIGUE

2. EL LOCO DEL MANICOMIO

3. EL SUICIDIO DEL PENSAMIENTO

4. LA ÉTICA EN EL PAÍS DE LOS DUENDES

5. LA BANDERA DEL MUNDO

6. LAS PARADOJAS DEL CRISTIANISMO

7. LA ETERNA REVOLUCIÓN

8. LA NOVELA DE AVENTURAS DE LA ORTODOXIA

9. LA AUTORIDAD Y EL AVENTURERO

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

AUTOR

PRÓLOGO SOBRE CHESTERTON Y *ORTODOXIA*

LOS PRÓLOGOS NACEN, como este, por el deseo de ayudar, pero pueden suponer un obstáculo al abordar un libro de pensamiento. De manera que recuerdo al lector la libertad que tiene para pasar directamente al texto de Chesterton que empieza en su breve *Prefacio*.

En este prólogo hablaremos de la importancia de *Ortodoxia*, del momento histórico y personal en que lo escribe Chesterton y, muy brevemente, de la estructura del libro. Y dejaremos para una nota, al final del texto, la descripción de las características de esta edición.

LA IMPORTANCIA DE CHESTERTON Y DE *ORTODOXIA*

Durante los muchos años que he pasado con esta traducción, se me han llenado las carpetas de artículos y referencias sobre Chesterton. Aprovecharé algunas para ilustrar la importancia de Chesterton y de su libro *Ortodoxia*.

«La literatura es una de las formas de la felicidad: Quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton»[1], declaraba Jorge Luis Borges, que era un decidido chestertoniano, como saben todos los que lo aprecian[2]. Incluso «el más devoto de sus lectores»[3]. Aunque no compartía su teología. «En mis libros hay, sin embargo, —espero— páginas de Kafka y de otros escritores como Chesterton»[4].

«Uno de los escritores más importantes de nuestra época. Fue, sin duda, el más personal e *inconfundible* de todos, y si alguien tuvo alguna vez una voz propia, ese fue Chesterton»[5]. Es Fernando Savater, que siempre trató con admiración a Chesterton, en las varias reseñas que le hizo en *El País* o en su suplemento, *Babelia*. «Casi siempre logra darnos que pensar, sin dejar nunca de hacernos sonreír. Su táctica es recordarnos lo que ya sabemos pero estamos a punto de olvidar por alguna “genialidad” de nuevo cuño»[6]; «Chesterton detectó infaliblemente algo de lo que hoy está ya convencido casi todo el que no milita en algún milenarismo redentor: que hay una superstición de lo moderno y lo progresista, y que esa superstición no es particularmente estimable desde el punto de vista de la liberación de los hombres»[7].

Y esto confiesa, quizá con envidia, Kafka a Janouch: «Chesterton es tan gracioso que casi se podría pensar que ha encontrado a Dios»[8]. Kafka, que se expresa con mucha libertad en esas conversaciones de paseo, tenía una rara intuición para lo literario y andaba también buscando.

Y ahora sobre el libro. Esta vez es Dale Ahlquist, presidente y cofundador de la American Society Chesterton: «Si solo leemos una obra de Chesterton — debería avergonzarnos si así fuera— ha de ser *Ortodoxia*. Seguramente, nadie ha defendido la fe cristiana con argumentos tan sorprendentes y ejemplos tan deslumbrantes, como Chesterton lo hizo en *Ortodoxia*. Una obra maestra de retórica que (...) realmente constituye uno de los libros mejor escritos del siglo xx»[9].

Y, aunque hoy no es tan conocido, conservo el admirable estudio que el gran humanista judío francés André Maurois hizo de Chesterton en 1935. *Ortodoxia*, dice, es «un libro único por la fuerza del pensamiento y la brillantez del estilo»[10]. «Puede reprochársele el ser a veces la víctima de su propio virtuosismo (...) yuxtaponiendo paradojas, construye una imagen de la realidad porque la realidad es, precisamente, una suma de paradojas (...). En una época de

malsano racionalismo, Chesterton ha recordado a los hombres que la razón es un maravilloso instrumento»[11].

En España, Juan Manuel de Prada se ha sentido muy identificado con Chesterton, por su itinerario vital: Al leer este libro, dice, «me acometió una risueña impresión de hermandad»[12].

Ortodoxia es el libro más importante de una personalidad excepcional. Cualquiera que esté acostumbrado a manejar bibliografía de pensamiento sabe el prestigio que tiene en el mundo cristiano anglosajón. Es uno de los primeros títulos que aparecen en cualquier lista entre los más recomendados, los más influyentes y los que no se pueden dejar de leer.

Hoy (y siempre) necesitamos buenas dosis de cuatro cosas que en este libro abundan; razones cristianas, sensatez, optimismo y calidad humana.

Pero nos conviene recordar un poco el contexto histórico y quién era Chesterton en 1908.

ESTAMOS EN 1908

1908 está realmente lejos. Cuando se edita esta traducción, estamos a una distancia mayor de un siglo. En Londres, muchos taxis todavía eran coches de caballos. Se cocinaba y se calentaba todo con carbón o leña. En Inglaterra existían unas clases sociales muy marcadas, que se distinguían en el reparto de la propiedad y en el género de vida y en las costumbres. La clase alta señalaba claramente sus fronteras con todos los recursos de la distinción, que tan estupendamente estudió Bordieu[13]. Los caballeros iban todos con sombrero, chistera o bombín y bastón. Había una clase media muy activa, a la que pertenecía Chesterton. Y un mundo obrero (que llevaba gorra y no bombín), surgido y castigado durante la revolución industrial, muy agitado y que todavía no participaba en el sufragio político y apenas en la vida cultural y social. El marxismo era entonces solo otro socialismo utópico entre

muchos, más activo en Inglaterra que en otros lugares; y, precisamente en ese año de 1908, Lenin estaba en Londres.

Irlanda seguía bajo el duro dominio inglés, pero con muchos fermentos de independencia. Inglaterra era entonces el país más poderoso del mundo. Y un gran imperio colonial, con su activa administración, su brillante ejército, su incomparable marina y sus encendidos patriotas, entre los que no se contaba Chesterton, que, siendo un inglés muy patriota, nunca fue imperialista, como se apreciará en el texto. En esos años, el Almirantazgo no quitaba ojo al provocativo despegue marítimo del Imperio alemán.

Era una época de Imperios, seis grandes: el Británico, con la joya de la corona, que era la India, el Alemán, el Austrohúngaro, el Alemán-prusiano, el Ruso y el Otomano. Pero otras naciones europeas también querían ser imperios y estaban embarcadas en aventuras coloniales por los más variados rincones del mundo: Francia e Italia, incluso Bélgica y Holanda... y lo que le quedaba a Portugal, que como repetía la propaganda, "no es un país pequeño", con Angola y Mozambique. Solo España parecía sin ganas después de haber perdido lo que le quedaba del suyo, apenas diez años antes, en 1898, frente a los Estados Unidos.

En pocos años, los seis imperios, incluido el Británico, caerán en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), dando origen a inestables democracias, a nuevas colonizaciones, francesa e inglesa, sobre los despojos otomanos, y a estados totalitarios que acabaron dominando la política internacional: la Alemania nazi y la Rusia soviética. Cuando la Alemania nazi empezó a invadir Europa, Inglaterra, con Churchill a la cabeza, fue a la Segunda Guerra Mundial y la ganó con la ayuda de los Estados Unidos y la Rusia soviética. En los años sesenta, casi todas las colonias que quedaban en África y Asia declararon la independencia. Y, a partir de 1989, el totalitarismo ruso cayó inesperadamente con todos sus satélites.

Todas estas cosas pasaron desde 1908 hasta nosotros. Pasaron y se desvanecieron. Sobre todo, los totalitarismos y, en particular, la enorme presión política y propagandística del comunismo en todo el mundo. Por eso, curiosamente, muchas de las cuestiones intelectuales de 1908 son bastante parecidas a las nuestras.

QUIÉN ERA CHESTERTON EN 1908[14]

Cuando publica *Ortodoxia*, en 1908, G. K. Chesterton (1874-1936) tiene 34 años, que pueden parecer muchos o pocos. Para la seriedad inglesa de la época, llena de figuras consagradas, era, desde luego, un periodista o articulista bastante joven. Pero no un novato. Había publicado ya unos cuantos libros, tres recopilaciones de artículos, dos libros de poesía, dos ensayos literarios y cuatro novelas. Y, además, el ensayo que precede a este, *Herejes* (1905), donde recorre y critica las diversas cosmovisiones, filosofías o “utopías” que se movían entonces por Inglaterra.

Había empezado un poco lento, porque en su juventud no estaba seguro de lo que quería hacer y, con su hermano, se había despistado mucho vitalmente (1892-1894). Entre 1893 y 1895, asistió con escaso interés y aprovechamiento a cursos de pintura en *Slade School* y de literatura en el *University College*, de Londres. Pero no se examinaba.

Se colocó como lector, primero, de una pequeña editorial (George Redway, 1896), donde le tocó leer esoterismo, literatura teosófica y ocultismo[15]. Y enseguida, en otra mayor, Unwin (1896-1902), que publicaba bastante literatura e historia. Leía nueve horas al día. Así en poco tiempo conoció el mundo literario y de pensamiento que aparece reflejado en este libro. Pero cobraba muy poco.

Su padre, jubilado prematuramente, y su madre le apoyaban mucho y también contribuyeron financieramente a que editara sus dos primeros libros de poesía en 1900. El primero era casi una broma con dibujos suyos, *Greybeards*

at Play (*Barbagris en escena*), pero el segundo *The Wild Knight* (*El caballero salvaje*[16]) iba en serio y recibió buenas críticas[17]. ¿Por dónde iría el futuro de aquel chico, un poco poeta, un poco dibujante, un poco editor, un poco escritor, ya con 25 años?

En el semanario liberal *The Speaker* le habían dejado colocar cuatro poesías y un articulito, entre 1887 y 1899, pero a partir abril de 1900 le dieron una sección. Y en 1901 se le ocurrió hacer una serie, “en defensa de”, sobre los asuntos más disparatados (las novelas de un penique, las cosas feas...), que salió divertida y ocurrente. Eso le abrió las puertas de otros periódicos (*Daily News*) y revistas. Y, más adelante, desde 1905, del semanario *Illustrated London News*, donde seguirá escribiendo toda su vida (1905-1936). Los primeros artículos “en defensa” los reunió en *The Defendant* (1901).

Con los primeros ingresos estables pudo casarse con su novia, Frances (1901), a la que se había declarado dos años antes en el parque. Pero eso también le ligó a la prensa. Su vida dependía de esos ingresos. Desde entonces nunca dejó de escribir columnas. Ese sería el futuro.

En realidad, solo sería una parte del futuro. Cabe el peligro de reducir a Chesterton a un columnista ocurrente, en diálogo con todo lo que pasaba alrededor en la política y en las costumbres y en el pensamiento. Y sin duda lo fue y nunca quiso dejar de serlo. Y toda su vida sintió la presión de mandar las cosas terminadas para una fecha. Y quizás sin esa presión no hubiera escrito lo muchísimo que escribió. Y tampoco hubiera pensado lo muchísimo que pensó.

Pero esta actividad tan exigente no extinguió otras. Como apunta Borges, «fue también un hombre de genio, un gran prosista y un gran poeta»[18]. Siguió creciendo como poeta y editando poesía a lo largo de su vida.

Tampoco dejó nunca de ser un enamorado de la literatura inglesa y un excelente crítico literario. «La labor crítica de Chesterton (...) es no menos encantadora que penetrante»,

sigue Borges[19]. Una parte de sus muchas contribuciones iba siempre dedicada a los grandes de la literatura inglesa y mundial. En esos primeros años (1902-1903), escribe sobre Charlotte Brontë, Walter Scott, Carlyle, Stevenson, Tennyson, Thackeray, Tolstói, y especialmente Dickens, sobre el que publicará un notable ensayo en 1906. La conocida editorial Macmillan le pidió un ensayo sobre el poeta Browning (1903)[20], que fue su primer libro serio. Después escribió otro sobre el gran pintor victoriano Wats (1904).

Además, por debajo, como ríos subterráneos que se nutrían de todo lo que pensaba y escribía, se desarrollaron dos grandes reflexiones sobre el sentido de la vida y sobre la democracia o construcción justa de la vida pública, que iban asomando en artículos de más calado.

Y, además, las novelas. El mismo año que *Ortodoxia*, publica *El Napoleón de Notting Hill*. Y, después, las novelas policíacas sobre el Padre Brown, que fueron muy populares. pero que quizá, con los años, desdibujaron un poco la identidad literaria de Chesterton, como hace notar Ian Boy: sería injusto olvidar su empeño en las ideas distributistas, y su intento de empujar lo que era su utopía social[21].

EL CAMINO DE LA *ORTODOXIA*

Lo notable en Chesterton es que la jocosidad con la que trata lo cotidiano no le quita profundidad a lo que piensa, sino al revés. Le permite distanciarse de lo que parece serio y no lo es tanto, y juzgarlo con mucha libertad y con humana comprensión. Ese el mérito de este libro, porque no es lo normal.

Lo normal es que las adhesiones intelectuales se conviertan, antes o después, en adhesiones sentimentales, perdiendo sentido crítico, ganando animosidad, y percibiendo a los opositores como enemigos. A Chesterton no le pasaba esto, su humor le impedía perder el sentido de

la proporción y percibir a los opositores como enemigos, más bien los comprendía porque se veía retratado en su despiste. Eso le permitió llevarse sorprendentemente bien con tanta gente que pensaba muy distinto. Recuerda su gran amigo Hillaire Belloc: «Encaraba la controversia —su deleite— raramente desde el conflicto y casi siempre desde el aprecio, incluyendo el de su contrario»[22]. Belloc, en cambio, no tenía ese don.

En el ámbito de las ideas, los años difíciles de juventud habían roto las pocas convicciones que podía tener (1892-1894). Pero el contacto con la poesía (especialmente Wordsworth y Whitman), le habían enraizado en una visión positiva de la vida, que congeniaba con su modo de ser. Es el punto de partida de su madurez intelectual, como se recuerda en el cuarto capítulo de este libro: el “optimismo cósmico”.

En política, se sentía demócrata y vagamente socialista por exclusión, porque no se veía como parte del pensamiento liberal radical o imperialista y tampoco le gustaba el materialismo redentor ni las propuestas de los nuevos evolucionistas. Mantenía distancias críticas y su idea de la vida social estaba configurándose. Se dirigirían después hacia el “distributismo”.

Religiosamente tenía un pasado mitad puritano, por su madre, mitad liberal, por su padre, más bien unitariano. Era poco practicante y nada piadoso en el sentido católico. Eran gente media liberal, moderna entonces y decente, aunque a Chesterton no le parecen decentes los años malos de su juventud, y es uno de los elementos que configuran su idea del hombre caído y necesitado de redención. Su situación religiosa había cambiado al tener a su lado a su mujer, Frances, que era una anglicana practicante. Le proporcionó la experiencia cercana de una fe auténtica vivida por una persona normal.

Con ese bagaje, firme en el optimismo cósmico e inseguro en todo lo demás, se enfrenta con la tremenda ebullición del pensamiento inglés en ese momento que se llama

“época eduardiana”[23]. El inmenso desajuste social provocado por la revolución industrial, la reclamación materialista que se apoya con fuerza en que “el ser humano procede del mono”, como acaba de demostrar Darwin (1859), y las críticas antirreligiosas acumuladas de toda la tradición ilustrada desatan una frenética búsqueda de alternativas a las convicciones cristianas que sostenían hasta entonces la sociedad. Y surgen como setas intentos (filosofías, utopías) de reconstruir a las personas y a las sociedades, de repensar el universo y de encontrar nuevos caminos místicos. Chesterton se ve metido de repente en ese tornado de ideas y las siente como fuerzas centrífugas y alocadas. Recordará muchos años después en su *Autobiografía*, ya con la perspectiva de la fe: «Vi a Israel dispersado por las colinas como ovejas sin pastor, y vi a una multitud de ovejas correr balando ansiosamente hacia cualquier parte donde pensaban encontrar uno»[24].

A comienzos del siglo, con su espíritu juvenil, Chesterton siente interés por aquellos nuevos “pastores” (Bertrand Shaw, Wells, Blatchford, Toltoy...) y admira sus virtudes, pero también advierte que son “virtudes que se han vuelto locas”, que es uno de los grandes discernimientos de este libro (capítulo 3). Sus objeciones descompuestas y sus exageraciones divergentes, que no puede compartir, le acercan al centro de donde huyen, que es la *Ortodoxia*. No se acerca porque haya leído autores cristianos y espirituales (que no leyó hasta mucho más tarde), sino por una especie de contrabalanceo.

Quizá la primera vez que uno lee este argumento, le parece un recurso literario. Pero, a medida que conoce mejor su contexto, ve que ha pasado lo que Chesterton dice que ha pasado.

A principios de 1900 era un chico que no sabía qué hacer, con mucha literatura metida en el cuerpo y un notable despiste vital. En 1908, después de ocho años de lectura y tráfago intelectual[25], es un pensador joven y

sorprendentemente clarividente. Aunque todavía tardará catorce años en hacerse católico (1922).

CÓMO ES *ORTODOXIA* DE CHESTERTON

Todo el libro tiene el argumento que aparece en la presentación: hay una confluencia de razones que le conducen hacia la fe cristiana. Ese argumento de fondo se desarrolla entre pequeñas, continuas y divertidas digresiones que pueden despistar. Por eso interesa presentar brevemente los capítulos.

I. *Introducción para excusar lo que sigue.* Presenta el libro como la aventura de su vida y avisa de que hay un hecho importante de partida, que es la caída o el pecado, el que algo no funciona en el mundo y en las personas, pero esto se verá mejor poco a poco y, sobre todo, al final.

II *El loco del manicomio.* Es una reflexión sobre la locura, que le va a servir después para entender de qué tipo de locura están afectadas las “utopías” o cosmovisiones en circulación.

III. *El suicidio del pensamiento.* Sale al encuentro de las diversas posturas sobre la naturaleza del cosmos. El materialismo, que no puede concederse que exista realmente la libertad. Y el evolucionismo radical, donde todo viene solo de lo inferior y es inferior. Son pensamientos suicidas porque impiden el pensamiento. Por otro lado, están los espiritualismos alternativos, que tienen otro aire, pero parecen igualmente locos.

IV. *La ética en el País de los Duendes.* Es una vuelta atrás para contar tres convicciones fundamentales. Dos que adquirió de niño en el “cuarto de los niños” con su ama y los cuentos infantiles. Primero, una confianza en la democracia y en el sentido común de la gente normal. Después, sobre las leyes físicas, que a veces se manejan de una manera que convierten todo en mecánico y quitan la libertad humana y la fascinación al contemplar el universo. La tercera gran convicción viene en la juventud y es el “patriotismo cósmico”, una visión positiva del mundo, que le lleva al agradecimiento.

V. *La bandera del mundo.* Es el momento de entrarle a los movimientos políticos utópicos y reformistas. Es una época de grandes intentos de renovación y las pretensiones revolucionarias quieren cambiarlo todo, pero no aman suficientemente el mundo para poderlo cambiar.

VI. *Las paradojas del cristianismo.* Ve cuántas cosmovisiones atacan el cristianismo desde posiciones opuestas sumando objeciones contradictorias. El cristianismo o la Ortodoxia debe tener algún poder especial para recibir críticas tan contrarias y combinar fuerzas tan dispares.

VII. *La eterna revolución.* Tenemos delante a los progresistas que quieren reformarlo todo, pero, al mismo tiempo, defienden que la moral cambia con los tiempos. Pero si los estándares morales cambian con el tiempo, no tiene sentido apoyarse en estándares morales; y eso hace imposible mejorar las cosas.

VIII. *La novela de aventuras de la Ortodoxia.* Se opone a que todas las religiones y morales sean la misma. Compara el panteísmo budista y el unitarismo, que quitan su emoción a la existencia, y las sugestivas ideas cristianas de la Trinidad y la creación, que representan pluralidad y amor. Con la tragedia del sufrimiento de Cristo y la libertad individual para decidir un destino eterno. Tener presente la Caída original permite comprender que se vive en una aventura, comprender los desajustes y afrontar las mejoras. Esa es la gran novela de la existencia.

IX. *La autoridad y el aventurero.* Da las razones por las que cree, una suma de indicios que coinciden. Sobre todo, la seguridad de tener una fuente de verdad, una autoridad. Que también es una fuente de perdón y un espacio de libertad y alegría, la Iglesia.

CÓMO LEER ESTE LIBRO Y ESTA EDICIÓN

Ortodoxia parece haber sido escrito con bastante rapidez, como era el modo de escribir y de ser de Chesterton. En su mente se acumulaban y contrastaban sus lecturas y las experiencias de su vida, y cuando tenía clara una idea, la vertía vertiginosamente en el papel. Y entonces le venían a la mente mil recursos literarios, comparaciones, referencias y paradojas.

Este es el encanto principal, pero también la dificultad del libro. Un argumento de fondo y una escritura fluida acompañada de una nube de adornos y referencias divertidas. Por eso, conviene leerlo como fue escrito, con ritmo, fijándose en las líneas del argumento de fondo y sin perderse en los detalles.

En esta edición se ha hecho un enorme esfuerzo para que el texto sea fluido y se distinga lo más posible el argumento. También se han cuidado las referencias cristianas, ya que el itinerario de Chesterton es realmente un acercamiento, paso a paso, a la fe, aunque no se manifieste aquí todo su proceso interior.

Una tercera aportación de esta traducción son las notas sobre la multitud de referencias y alusiones. A medida que las ponía veía claro su interés, pero también me preocupaba que distrajeran al lector. Por eso, con frecuencia las he agrupado al final de los párrafos. Mi consejo al lector es que lea de corrido el texto para percibir el argumento y vaya a las notas solo después, si quiere aclarar algo.

AGRADECIMIENTOS

He de agradecer a todos los que me han ayudado. En primer lugar, a mi colega y maestro, el Profesor D. José Morales, experto y traductor de Newman, que hizo una revisión, hace ya años, de los primeros capítulos. A la Profesora Ruth Breeze, que tuvo la amabilidad de revisarlo cuando ya estaba acabado. A algunos alumnos que me hicieron observaciones inteligentes, como John Murdock, Sergio López Ripoll, Ana Fernández Urdiales y Francisco Javier Duve.

Querría hacer una mención especial a la directora del *G. K. Chesterton Institute for Faith & Culture*, de *Seton Hall University*, Gloria Garafulich Grabois, que tuvo la amabilidad de interesarse por este trabajo y enviarme la edición que prepararon para el centenario del libro.

Al director de Rialp, Santiago Herraiz, que constantemente me ha animado a proseguir y acabar este trabajo que se ha prolongado tantos años.

Y a los residentes del *Colegio Mayor Albaizar*, que me han acompañado y atendido en el esfuerzo final, mientras estaba confinado, con todos mis papeles, contagiado por la epidemia de Covid.

Quiero también reconocer el trabajo que en España hacen varias sociedades, entre otras: el *Club Chesterton*, de la *Universidad San Pablo CEU*, con una notable labor editorial; el *Club Chesterton de Granada*, que mantiene un *Chestertonblog* muy nutrido; y el *Centre d'Estudis i*

Documentació G. K. Chesterton, en Barcelona, que es el más veterano y que, además, de mantener mucha documentación en línea, conserva recuerdos de la visita que Chesterton hizo a Barcelona.

[1] J. L. Borges, en *Prólogos de la Biblioteca de Babel*, Alianza, Madrid 2001, 68.

[2] Enrique Anderson Imbert, *Chesterton en Borges*, en "Anales de Literatura Hispanoamericana", 2/3 (1973/74) 469-494.

[3] En el artículo *Los laberintos policiales y Chesterton*, publicado en "Sur" (10.VII.1935), cit. por E. Anderson, op. cit., p. 476.

[4] Declaraba en entrevista a la revista "Semana" con motivo del centenario de Kafka, *Borges a los cien años de Kafka*, publicado el 22.VII.1984.

[5] F. Savater, *Las paradojas de Chesterton*, en "Archipiélago" 65 (2005) 17. Este n.º 65 de la revista está dedicado íntegramente a Chesterton.

[6] En la reseña que hace a *Ortodoxia*, con el título *Un patriota cósmico*, en "El País" (10.II.2001).

[7] F. Savater, *Las paradojas de Chesterton*, en "Archipiélago" 65 (2005) 19.

[8] G. Janouch, *Conversaciones con Kafka*, Destino, Barcelona 1997, 172.

[9] D. Ahlquist, *G. K. Chesterton. El apóstol del sentido común*, Voz de papel, Madrid 2006, 28.

[10] A. Maurois, *Mágicos y lógicos*, Escelicer, Madrid 1943, 166.

[11] *Ibidem*, 168-170.

[12] Juan Manuel de Prada, *Ortodoxia y provocación*, en "El semanal" (17.IV.2005).

[13] *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Taurus, Madrid 1998).

[14] Además de su propia *Autobiografía* (1936), que no es muy detallada, sigue siendo muy valiosa Maisie Ward, *Gilbert Keith Chesterton* (Sheed and Ward, London 1944), que la completó con *Return to Chesterton* (Sheed and Ward, London 1952), después la de Michael Finch, *G. K. Chesterton* (Weidenfeld & Nicholson, London 1986). Resultó una gran aportación la de Joseph Pearce, *G.K. Chesterton. Sabiduría e inocencia* (Encuentro, Madrid 1998, original inglés 1996); y más recientemente la de Ian Kerr, *G. K. Chesterton. A Biography* (Oxford University Press, London 2011). En castellano, es muy agradable la semblanza de J. R. Ayllón, *El hombre que fue Chesterton* (Palabra, Madrid 2017).

[15] *Autobiografía*, Acantilado, Madrid 2003, 95

[16] En castellano, “salvaje” traduce mal *wild*, aparte de que la evolución cultural ha marginado la palabra. Al comparar los sinónimos, se ve que comparten la idea del no cultivado, pero, mientras en castellano puede ser un insulto, en inglés tiene también el sentido positivo de ardiente y entusiasta o excitante, con fuerte carga emocional. Chesterton la usa 51 veces en *Ortodoxia*, generalmente en ese sentido. Para él, la ortodoxia es claramente *wild*, una excitante y prodigiosa aventura.

[17] En su *Autobiografía* (o. cit., 106), Chesterton cuenta que el crítico James Douglas declaró que Chesterton era evidentemente un pseudónimo y que el autor debía ser el poeta John Davidson, quien, por supuesto, escribió rectificándolo. Poco después, Chesterton tuvo ocasión de conocer al crítico y al poeta en una comida como cuenta en el mismo lugar.

[18] J.L.Borges, en *Prólogos de la Biblioteca de Babel*, Alianza, Madrid 2001, 66.

[19] *Ibidem*.

[20] «Finalmente, la corona de lo que llamaríamos respetabilidad me llegó de la mano de la editorial Macmillan, que muy halagadoramente me invitó a escribir un estudio sobre Browning, para la *English Men of Letters Series*» (*Autobiografía*, o. cit., 109). Era una señal de aprecio, teniendo en cuenta que, en realidad, Chesterton no tenía títulos académicos en Literatura. Pero había mostrado su valía como crítico literario en artículos, reunidos en *Twelve Types* (1902) y en los libritos que le pidió la casa Hodder & Stoughton en 1902-1903, sobre Carlyle, Stevenson, Dickens, Tennyson, Thackeray y Tolstói.

[21] *Chesterton & Ortodoxia. Leyendas y realidades*, en “The Chesterton Review” 4 (2010) 31-43. Número especial de la edición castellana de la revista, que dirige Gloria Garafulich. Ian Boy fue fundador y director de la americana (1974-2010).

[22] H. Belloc, *Lugar de G. K. Chesterton en las letras inglesas*. Se puede encontrar también online *On the Place of Gilbert Chesterton in English Letters*: «He approached controversy, his delight, hardly ever as a conflict, nearly always as an appreciation, including that of his opponent». Y sirve de prólogo a la edición de *Ortodoxia*, Porrúa, México 1987, XIII.

[23] Lo describe muy bien Dermot Quinn en *Ortodoxia y sus primeros críticos*, en la edición especial en español de “The Chesterton Review” 4 (2010) 45-56.

[24] *The autobiography of G.K. Chesterton* (Hutchinson, London, 1936), al final del cap. VII: «I saw Israel scattered on the hills as sheep that have not a shepherd; and I saw a large number of the sheep run about bleating eagerly in whatever neighbourhood it was supposed that a shepherd might be found». Es una alusión a Mc 6,30-34: Jesucristo «al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor». Y a las quejas de Dios a los profetas: «Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados, mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él (...), ha sido expuesto al pillaje y hecho pasto de todas las fieras» (Ez 34, 6-8)

[25] Llama la atención la intensidad de lecturas que Chesterton ha tenido que hacer en este tiempo. La edición que, desde 1919, están llevando a cabo Pablo Gutiérrez Carreras y María Isabel Abradelo de Usera de los artículos de

Chesterton en *Illustrated London News*, con ya cuatro volúmenes, en Ediciones Encuentro, ha aportado un índice detallado de temas y de autores citados. Ya en el primer tomo, que cubre los años 1905-1906, hay una cantidad asombrosa de autores. Y permite ver cómo aparecen muchos de los que luego saldrán en Ortodoxia. Estos mismos estudiosos han editado la obra colectiva *Chesterton de pie* (CEU Ediciones, Madrid 2020), con numerosos análisis.

PREFACIO

ESTE LIBRO HAY QUE ENTENDERLO como complemento de *Herejes* [1905]. Es la parte constructiva que viene después de la destructiva. Muchos críticos se quejaron de que en mi libro *Herejes* me limitaba a atacar las filosofías de moda sin proponer ninguna alternativa. Este libro intenta responder a ese reto. Por eso no he podido evitar que esté lleno de afirmaciones y tenga un tono personal[1]. Me he encontrado con el mismo problema que se encontró Newman cuando, puesto en entredicho, escribió su *Apología*. Se vio obligado a centrarse en sí mismo para ser sincero[2].

En mi caso, aunque todo lo demás sea distinto, el motivo es el mismo. No se trata de explicar por qué el cristianismo es creíble, sino por qué he llegado yo a creérmelo. Por eso el libro se desarrolla planteando al principio un enigma y descubriendo poco a poco la solución. Primero, se cuentan las íntimas y sinceras perplejidades del autor; y, después, el modo sorprendente e inesperado en que fue encontrando las respuestas en la doctrina cristiana. Para mí esa es la garantía de que este credo es creíble. Si no, sería inexplicable una coincidencia tan repetida[3].

[1] En la tradición culta inglesa es de mal gusto hacer afirmaciones contundentes y también centrarlas en uno mismo. Sobre esto tienen una sensibilidad que no existe en otros lugares.

[2] John Henry Newman (1801-1890) es una de las grandes figuras del pensamiento católico. Pasó de clérigo anglicano a católico, y tuvo que explicar las razones en un libro genial, *Apologia pro vita sua* (1864).

[3] Esta “repetida coincidencia” es muy importante para Chesterton, que considera que su fe se basa en eso: la suma de muchas experiencias que concuerdan hacia una verdad. Lo intenta mostrar en todo el libro.

1. INTRODUCCIÓN PARA EXCUSAR LO QUE SIGUE

LA ÚNICA EXCUSA QUE PUEDO DAR para este libro es que responde a un reto. Y, aunque uno sea un mal tirador, queda mejor si acepta el duelo. Hace tiempo publiqué una serie de precipitados pero sinceros artículos con el título *Herejes*. Y algunos críticos, cuya inteligencia me merece un cálido respeto (quiero mencionar especialmente a Mr. G. S. Street), dijeron que estaba muy bien exigir a los demás que fundamentaran su visión del mundo, pero que yo evitaba predicar con el ejemplo. «Revisaré mi filosofía —decía Mr. Street— cuando Mr. Chesterton nos presente la suya»^[1]. Probablemente fue una ingenuidad de su parte sugerir esto a una persona tan dispuesta como yo a escribir un libro a la menor provocación.

De todas formas, aunque Mr. Street ha inspirado y originado este libro, no está obligado a leérselo. Si lo hace, encontrará que, en sus páginas, de una manera algo errática y personal, y más con imágenes que con razones, he intentado establecer la filosofía a la que he llegado. No me parece justo llamarle “mi” filosofía porque en realidad no la he hecho yo. La han hecho Dios y la humanidad. Y, después, esa filosofía me ha hecho a mí.

Muchas veces he sentido la tentación de escribir una novela sobre un navegante inglés que, por haber calculado mal la ruta, llegaba a Inglaterra creyendo haber descubierto una isla en el Mar del Sur. Pero siempre me encontré con demasiado trabajo o con demasiada pereza

para escribirla. Ahora se me presenta la oportunidad de darle curso usándola aquí como metáfora filosófica.

Seguramente, este hombre que saltó a tierra armado hasta los dientes, hablando por señas, e intentando plantar la bandera británica encima de un templo pagano, que resultó ser el Palacio de Brighton [Brighton Pavilion][2], parecería un payaso a quienes lo vieran. No voy a negar que pareciera un payaso. Pero si dedujéramos que él se sentía un payaso o que sus principales emociones tenían que ver con eso, no habríamos captado la rica y novelesca personalidad de nuestro héroe.

Su error es el más envidiable que pueda darse. Y estoy convencido de que él mismo lo reconocería si fuera como lo imagino. Porque ¿qué dicha mayor que pasar en un instante del emocionante miedo de exponerse a lo desconocido a la entrañable seguridad de llegar a casa? ¿Qué mejor que sentir toda la alegría de descubrir Sudáfrica sin los inconvenientes de desembarcar allí? ¿Qué mayor gloria que haberse lanzado a descubrir Nueva Gales del Sur y darse cuenta, con lágrimas de alegría, de que se está en la vieja y auténtica Gales del Sur? En esto consiste, me parece a mí, el principal reto de la filosofía y, de alguna manera, el principal reto de este libro: ¿Cómo conseguiremos que el mundo nos asombre al mismo tiempo que nos sentimos en él como en casa? ¿Cómo puede esta misteriosa patria cósmica, con sus habitantes de múltiples patas y sus tremendos y antiguos luceros, cómo puede este universo provocarnos a la vez la fascinación de lo desconocido y las satisfacciones del hogar?

Justificar una fe o una filosofía desde todos los puntos de vista es una tarea demasiado grande incluso para un libro mucho mayor que este. Por eso, es preciso seleccionar el modo de argumentar que vamos a seguir. Y el que me propongo seguir aquí es este. Quiero presentar mi fe como algo que responde perfectamente a esa doble necesidad del espíritu humano: la necesidad de combinar lo familiar con la novedad, que la cultura cristiana ha llamado “novela”